

El Congreso se ensancha con once escaños en honor de las Constituyentes

EL "ONCE" DEL CONGRESO

LA República, que ha venido a cambiar tantas cosas, no podía dejar sin reforma y mudanza un lugar de significación tan genuinamente democrático como el Congreso de los diputados. Sólo que, a las ansias renovadoras del nuevo régimen, el palacio de la representación popular ha opuesto la invencible resistencia de su arquitectura. En vano se han hecho cálculos y arreglos; el hemiciclo no puede ensanchar sus muros.

Se ha podido aumentar el número de los escaños. ¿En número bastante para la exigencia de diputados? No. Ciertamente, no. Al cabo de no pocas cavilaciones, el número de escaños, que ascendía al de cuatrocientos catorce, se ha podido aumentar hasta el de cuatrocientos veinticinco. Once escaños nada más. Y, cosa curiosa, entre estos escaños hay nueve duplicados, cuya duplicidad es—para nosotros—completamente inexplicable,



En las carpetas de los pupitres constituyentes se ve el escudo republicano con su bella y sencilla corona mural.

EL HALLAZGO FELIZ

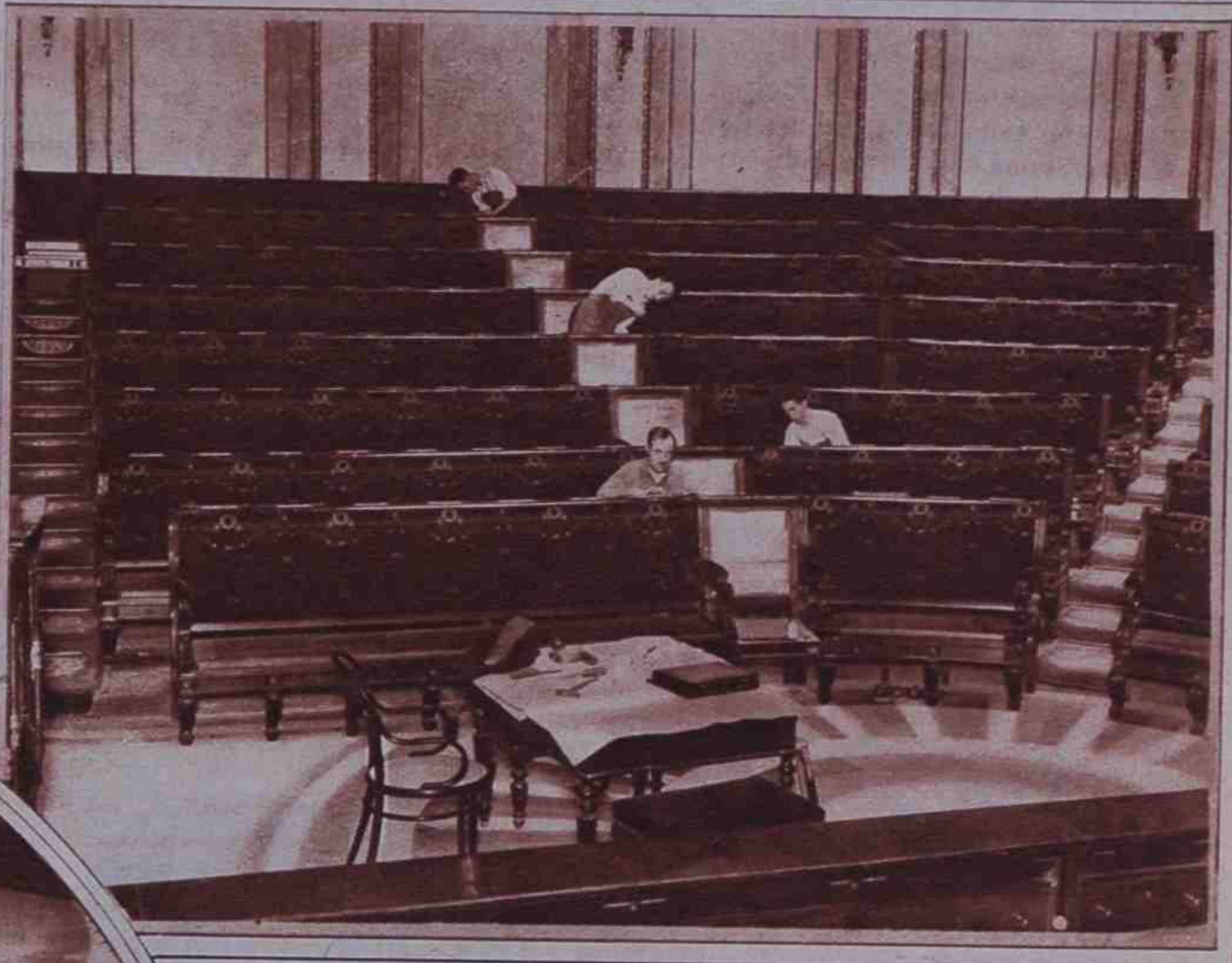
Y ahora, un detalle curioso, a propósito de los escaños. Cuando se les quiso tapizar, se encontraron con que no había terciopelo de la misma clase. Se escribió a Londres. Pasaron angustiosos días de espera.

—¿Qué?—se preguntaban—. ¿Ha habido respuesta?

—No; todavía no.

Hasta que un día llegó la carta apetecida y deseada. ¡Qué desilusión! De Londres contestaban que, terciopelo como el de la muestra, ya no se fabricaba.

¿Os hacéis cargo de la situación? A la mirada atenta y escrutadora de constituyentes y curiosos, iban a aparecer unos escaños advenedizos sin abolengo ni historia alguna, sin tradición, con traje nuevo, como el chaquet de más de un diputado neófito.

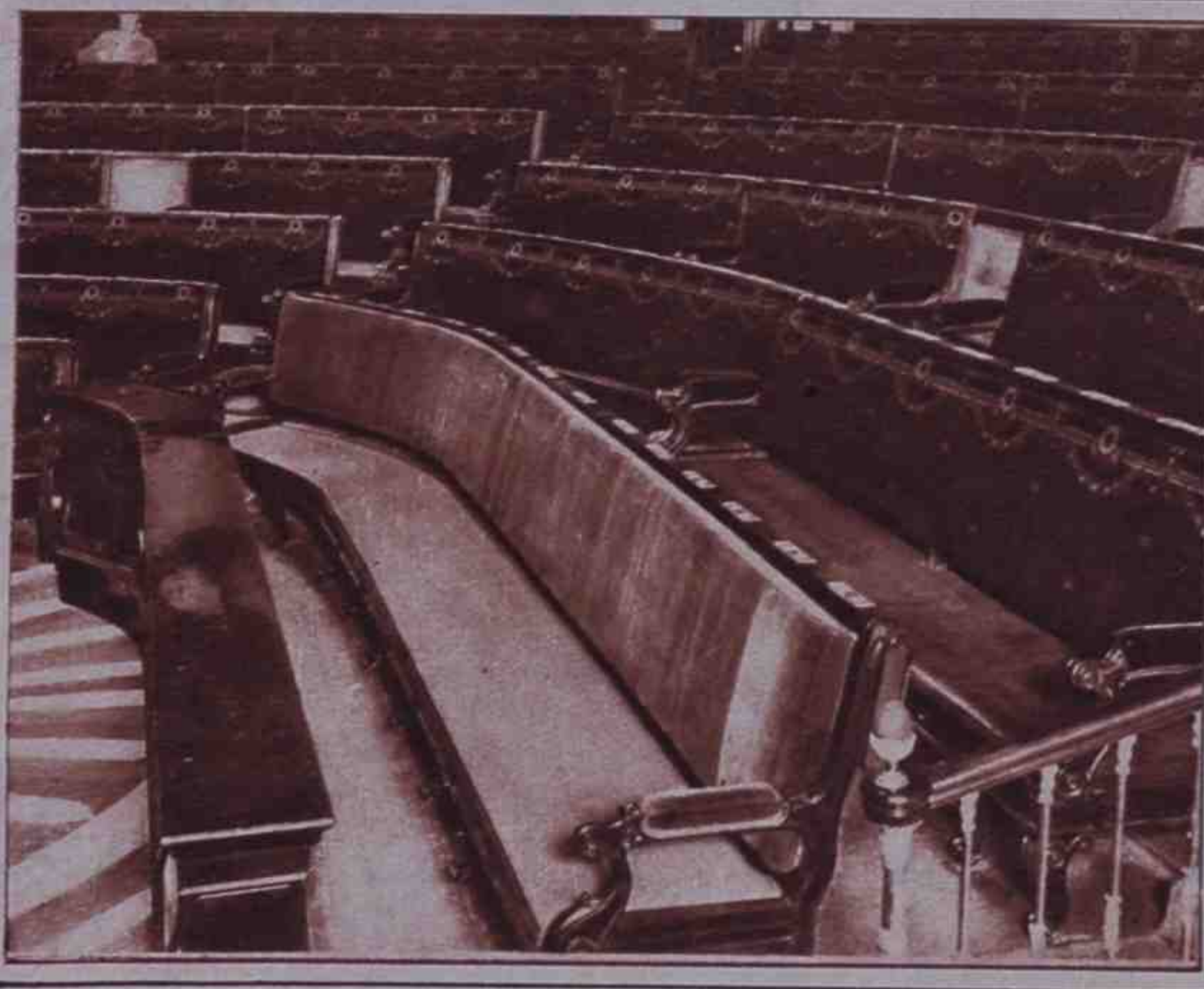


He aquí cómo un pasillo de los que había a la izquierda de la presidencia se ha transformado en una fila de escaños. Mientras los carpinteros cumplen su oficio, otros obreros suprimen las coronas reales y los toisones que hablaban de otros tiempos.

El tapicero—sería el tapicero—paseaba absorto por los pasillos, con el ceño duro y caviloso y las manos cruzadas a la espalda. ¿Qué hacer en trance tan difícil?

Iba y venía, honda la arruga vertical del entrecejo. Hasta que la casualidad y el pensamiento en guardia—ya sabéis el Eureka—le hizo apoyarse contra el quicio de una de las puertas que dan acceso al salón de sesiones. Nada más que eso. Apoyarse, reclinarse, con el esfuerzo de la atención concentrada contra una línea recta, y la luz se hizo; Arquímedes tenía un compañero. Porque, junto a aquella línea recta, pendía una magnífica cortina de terciopelo. De terciopelo igual al que recubría y decoraba los escaños. Y con esas cortinas se ha vestido a los nuevos asientos, que sólo tienen de noveles el armazón.

SIC TRANXIT



El banco azul donde el Gobierno de la República ha de resistir, como en una barricada, el empuje de las discusiones.

(Fotos Palomo.)

En el Congreso existían muchos escudos, muchas coronas y toisones, muchos emblemas y símbolos de la Monarquía. Hábiles artistas han sustituido todos estos atributos reales por el escudo de España y la corona mural. En el dosel, en las paredes, en las carpetas y alfombras no queda nada que pueda recordar el régimen derogado por la voluntad nacional.

UNA CIFRA QUE AÑADE CALOR

Como la fecha para la reunión de las Constituyentes lleva consigo un signo de calor, se pensó en librar a los señores diputados de sus molestias. Se habló de El Escorial; se recordó que, en la Casa de las Leyes, había un sistema de refrigeración y se pensó en instalar uno nuevo, más moderno y práctico que el existente. Pero llegó el presupuesto, y con él esta cifra: 300.000 pesetas. Y el termómetro subió tanto a su solo enunciado, que se llegó al acuerdo de modificar el que ya había.—J. C.